

FRAY CRISTOBAL

El pensamiento nacional se yergue airoso, para ungir con oleo santo la andanza de los tiempos, porque a la par con la sucesión vertiginosa de los días la estela gloriosa de los varones ínclitos, indefinidamente se prolonga.

Epoca de tiniebla y desequilibrio, aquella de la iniciación ideológica, cuando el derrotero intelectual, indefinido aún, se ilumina y se opaca sucesivamente sin que el espíritu pueda hilar ideas, como que están dispersas y la difusión lo dificulta.

El ambiente intelectual de nuestra Patria en el segundo cuarto del siglo XVII, era un ambiente de iniciación y de tropiezos; los espíritus juveniles, que lloraban la pesadumbre de su oscuridad, percibían de vez en vez sin su vigor inicial, atenuado y lánguido, el oleaje innovador del pensamiento occidental; pues si bien es cierto que en la península, la cultura era hasta cierto punto deficiente, no lo es menos que por apatito de dominación, si no se impedía, sí se atenuaba la pujanza del nacimiento espiritual de las colonias.

Tal el campo, tales las eras, donde el noble de Burgos, el discípulo de Fray Domingo de Soto, el predicador elocuentísimo de Felipe IV, el probo dominico, Fray Cristóbal de Torres, sembrará la simiente del saber regándola con las aguas purísimas de su magnificante caridad y de su febril inteligencia.

Eran pasados 35 años del siglo XVII. Consagrado el señor Torres en Cartagena por el Obispo de esa Diócesis Fray Luis Ronquillo, entró en Santa Fe el 8 de septiembre de ese año siendo Presidente, Capitán General y Gobernador del Nuevo Reino, Dionisio Pérez Manrique, Marqués de Santiago y Caballero de su Orden. La pugna entre las autoridades eclesiástica y civil por aquel entonces, causa fue de disolución, de abatimiento de la virtud, de la regencia de los vicios. Los naturales aún maltratados por la arrogancia hiriente de los mandatarios hispanos, privados estaban de los auxilios eucarísticos; todo anunciaba un régimen de ceguedad y de tinieblas y nuestro estado social hubiera dado en el caos y la inmoralidad enseñoreándose, a no iniciar el señor Torres una lucha tenaz, de restablecimiento y depuración.

La vibrante elocuencia de su verbo, la excelitud de sus virtudes, el amor acendrado a la oración, formaron una fuerza única contra el pecado y la maledicencia. La caridad fue un baluarte, llevó a los naturales, de la ignominiosa condición de idólatras, a esotra de paz y cristiandad, expósitos y huérfanos en él tuvieron padre sincero y afectuoso y hasta el Estado mismo obtuvo beneficios de sus donativos voluntarios.

Magnificentes son las obras de Cristóbal de Torres, en el jardín florentísimo de sus arduas labores, monumentos hay suficientes para llevar al hombre a las cumbres del genio, mas, entre todos si por su trascendencia si por su historia si por su porvenir, hay uno que con la mansedumbre de las luminarias votivas ofrenda diariamente al ínclito varón la guirnalda del triunfo. El Real Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, venero de cerebros esclarecidos ebrios de vigor y combate que con el manto escarlata de su sangre humeante ampararon la causa bendecida de la revolución.

La idea de libertad que vertiginosamente germinó en las mentes de América en lo que a nuestra patria pueda referirse, fue trasunto fiel de aquella autonomía que el sabio Mecenas de las letras inscribió como epígrafe de los estatutos sapientísimos de su Colegio mayor sin imaginar siquiera que estaba socavando pausada pero terriblemente los cimientos graníticos de la monarquía. Veo la cuna de la libertad americana en la revocación de las donaciones hechas a los dominicanos, como sanción impuesta a sus deseos de fundir el Colegio Mayor con la Universidad Tomista de Gaspar Nuñez; veo la fe de bautismo de nuestra república en la real cédula que el Rey Felipe IV otorgó al señor Torres para fundar en el Nuevo Reino un Colegio que gozara de los mismos honores y privilegios que el mayor del Arzobispo en Salamanca. Sin la obra de Cristóbal de Torres no se hubiera difundido tan velozmente la idea de libertad, y me temo que la emancipación se hubiera demorado media centuria más, a no existir nuestro amado Colegio Mayor.

El continuo sarcasmo de la vida se empeñó en torturar al señor Torres en sus últimos años, quien luégo de arrojar su patrimonio por el cauce de la caridad y como recompensa de sus pesares y mortificaciones, después de ofrendar su vida y su

fortuna por el éxito de sus ideales, fue el señor Torres, la niña de la calumnia, del agravio, y de la insidia. Fue objeto como dice un antiguo colegial de este colegio Mayor, «de la persecución más encarnizada, de los desprecios, humillaciones, de injurias y calumnias inauditas, sin más causa ni origen, que el de haber querido hacer un bien público de tan grande magnitud, que tener la razón y la justicia de su parte y que haber tenido que oponerse a los intentos de algunos hombres a quienes el mismo bien se hacía odioso si se administraba por otras manos que por las suyas».

El martirio de Fray Cristóbal de Torres lo constituyeron los últimos años de su vida; *el inmenso dolor de verse perseguido y olvidado, de ver a la calumnia asomarse por sus umbrales desgarraran* su espíritu a no tener el consuelo de pensar que su obra daría todos los frutos esperados.

Y no se equivocó Fray Cristóbal, porque el colegio del Rosario, nació para amparar la libertad, para defenderla en épocas aciagas, y para ser la columna central de ese granítico monumento que se llama la nación colombiana.

Hay en la vida varones ilustres que dan su nombre a estudios de cultura, que incan con la nobleza de una idea, un jalón más en el desarrollo cultural de los pueblos. Preceden o siguen a la necesidad de expansión intelectual. Son efecto de la acción combinada de fuerzas ideológicas, o nacen antes de que ellas se inicien, para encauzarlas y dirigirlas hacia la mira luminosa que sus cerebros concibieron. Son estos gajos simbólicos de árbol genealógico de la mentalidad universal.

Las naciones hispanoamericanas colocan al comienzo de la lista infinita de su progenie intelectual, la apacible, noble y caritativa figura de Fray Cristóbal de Torres. Su olímpica efigie se me antoja un prisma de cristal donde la idea primera se quiebra en tres haces de luz que han de fecundizar las fibras nobles del espiritualismo. La caridad, la misma de que habló Jesucristo con la elocuencia de su verbo divino; la libertad, no la libertad oscura de la brújula loca, más antes la libertad meral, consciente patrimonio del hombre, y el trabajo, herencia de Dios en Nazareth, santo refugio de las penas del alma, incentivo de civilizaciones, nobleza del espíritu.